

que rueda por el suelo, y una voz, que á Rosalía le parece ronca y cavernosa, prorrumpie en ayes lastimeros. Para colmo de espanto, una de las sombras, con los brazos extendidos como el que anda á tientas, penetra en la estancia.

Rosalía retrocede, gritando:

— ¡Sergia !.... ¡Sergia !.... ¡ Socorro !.... ¡ Socorro !....

Inés se adelanta hacia la sombra, y, sin poder contenerse, prorrumpie en una carcajada.

Todo esto sucedió en menos de un minuto.



DIÁLOGO CUARTO

LA DECLARACIÓN.

A Los gritos de Rosalía acudió Sergia atribulada, llevando una luz en la mano, y mirando con ojos espantados y medio dormidos.

Al reflejo de la luz iluminó la estancia, y pudo ver á Rosalía refugiada en un rincón, oculto el semblante entre las manos, con el horror trágico de quien experimenta la visión pavorosa de un terrible espectro.

En cambio, Inés se hallaba á dos pasos de la puerta, fruncido el entrecejo y risueña la boca, con los brazos cruzados en ademán resuelto. Presentaba una actitud heroica: parecía al luchador pronto á lanzarse sobre su adversario: en su entrecejo se advertía fiereza, mientras que la sonrisa que agitaba sus labios descubría la satisfacción anticipada del triunfo.

En el umbral de la puerta, abierta de par en

par, se hallaba un hombre con un pie dentro y otro fuera, como indeciso entre seguir adelante ó retroceder. Su vestido de camino anunciaba á un viajero, en cuya persona, no mal modelada, se distinguía aire cortesano. Era joven.

Detrás de esta figura, cuyo aspecto comenzó á tranquilizar á Sergia, se veía otro hombre que, caído en tierra, hacía esfuerzos supremos por levantarse, y con voz desabrida, semejante á los ronquidos que exhalan al abrirse ó cerrarse las puertas desvencijadas, y con acento lastimero, decía:

—¡Uf!.... He caído como un trapo. ¡Maldita ocurrencia!.... ¡Ay!.... ¡ay!.... Jorge, si V. no me ayuda, no voy á poder levantarme.

Inés, dirigiéndose al joven, le dijo:

—Caballero, me parece que no es una gran hazaña asaltar de este modo el tranquilo retiro de dos mujeres indefensas.

—Señora (contestó él), me confieso culpable de tan atroz atentado; pero yo no soy más que cómplice: el autor del crimen es su marido de V.

—¡Sí! ¡sí! (exclamó la voz lastimera.) Yo soy el autor de esta idea magnífica, que por más señas me va á costar un mes de cama. ¡Ay, Inés! Me siento descoyuntado.... ¡Uf!.... ¡Cómo me duele esta rodilla!.... Creo que me la he partido.

Inés se mordió los labios, tal vez por no reirse. Rosalía se atrevió á apartar las manos que sujetaban sus ojos, y el autor del crimen, resoplando como un fuelle roto, pudo levantarse, gracias al

auxilio que le prestó su cómplice; y entonces, arrastrando los pies, como si cada uno de ellos le pesara dos quintales, entró en el vestíbulo, se desplomó sobre la butaca que halló más próxima, y continuó diciendo:

—Estoy muerto. Quise dar un gran golpe, y, en efecto, lo di soberano. Pero, ¿cómo ha sucedido esto? ¡Es claro! Yo venía delante, seguro de sorprenderte; porque, ¡vamos!, quería saber á ciencia cierta la verdadera causa de tu desaparición; quiero decir, de tu fuga, ó lo que sea; pues aunque sospeché que en el afán de despedir á tu amiga se te pasó el tiempo, y el tren, que no espera á nadie, tomó el portante, dejándote en Zumárraga con la boca abierta.... Esto de viajar á son de campana tiene, como todas las cosas de este mundo, sus inconvenientes. Eso sí: el vapor es un gran descubrimiento; pero antes era inútil, porque no se viajaba tanto. ¿Qué habías de hacer en Zumárraga? Pudiste esperar el tren inmediato; pero ¿te habías de quedar sola?

Rosalía cortó este período, que tenía trazas de ser interminable, diciendo:

—Sí, señor; eso es lo que ha sucedido. Yo entonces le aconsejé que viniera conmigo á Zumaya, y aquí estamos.

—No (replicó Inés); dejé voluntariamente que el tren partiera, y voluntariamente he venido aquí á pasar la temporada de baños. No tengo por qué ocultarlo.

—¡Hola! (exclamó el sexagenario.) ¿Conque es una broma que ha querido V. jugarme? ¿Pues sabes, querida mía, que es una broma muy pesada? ¡Diablo! No le encuentro la gracia. Corro en busca de mi mujer como un desalado; llego molido del camino, y al entrar aquí, ¡*paf!*, se cierran las dos hojas de la puerta, y, ¡*plon!*, me dan de golpe en las narices, en las rodillas, y, ¡*cataplum!*, caigo cuan largo soy. Créeme: de todas mis costillas, tú eres, Inesita, la única que tengo sana.

Inés movió la cabeza con ademán impaciente, diciendo:

—¿Y á V., señor mío, quién le manda meterse en semejantes aventuras?

—En la cama (exclamó el marido descoyuntado) es donde ahora quisiera meterme. En ella harás que me sirvan la mejor cena posible; tengo el estómago en los talones.

—Aquí no se cena (replicó Inés): comemos á la francesa.

—No importa (dijo Rosalía, interrumpiendo á su amiga): se dispondrá una cena para estos señores.

—De ningún modo (se apresuró á decir Inés). Estos caballeros pueden cenar y dormir en la posada. No podemos darles hospedaje.

—¿Y quién me lleva á mí á la posada (exclamó el marido), si no puedo moverme?

—Está cerca (añadió Inés). Además, conviene que hagas un poco de ejercicio; te sería fatal el reposo después de tan tremenda caída.

—¿Qué quieres de mí!—gritó él, mirando á su mujer con ojos aterrados.

—Ahora lo verás (contestó ella). Rosalía, tú eres fuerte y amable: dale el brazo á mi marido, y ayúdale á dar unos cuantos paseos por el jardín. ¡Vamos! Antes que se enfrien los golpes; es preciso hacer un esfuerzo. Es mi amiga Rosalía, á quien te presenté en Zumárraga.

Diciendo esto, hizo una seña de inteligencia á Rosalía, que se acercó. El viejo lanzó un suspiro estrepitoso, y mirando alternativamente á una y á otra, dijo con cierta galantería:

—¡Ah, señoras! ¿Quién se resiste?

Y apoyándose en ambas al mismo tiempo, apretó los dientes, ahogó un gemido desesperado, y se puso de pie.

—Ahora (añadió Inés), toma el brazo de Rosalía, y dad algunas vueltas por el jardín; es remedio seguro para los golpes en las rodillas. Yo no os sigo, porque el relente me produce jaqueca; y como no me gusta quedarme sola, Jorge me acompañará mientras vosotros paseáis.

Miró Rosalía á su amiga con ojos desconfiados; pero debió tranquilizarla la sonrisa de Inés, pues rompió la marcha, diciendo:

—Vamos, caballero.

Viéndolos Inés alejarse por las calles del jardín, se volvió á Sergia, y la dijo:

—Deje V. la luz sobre la mesa, y puede V. retirarse. Jorge (añadió); siéntese V. en esa silla,

cerca de la puerta, pues no es justo que se prive V. del fresco de la noche por hacerme á mi compañía. Yo me siento aquí en la butaca que ha dejado mi marido; es muy cómoda, y en ella le oiré á V. con mucho gusto. ¡Vamos! Hábleme V. de alguna cosa agradable, porque me siento algo aburrida.

—Es natural (contestó Jorge, sentándose), y además es justo.

—¿Por qué?—preguntó ella.

—Es natural, porque Zumaya es bastante menos agradable que Biarritz; y es justo, porque es el castigo que merece el singular capricho de habernos abandonado en el camino. ¿Se ríe V.?....

—¡Oh! Sí, me río con toda mi alma, lo cual le probará que ha sabido elegir la conversación más á propósito para sacarme de mi aburrimiento. No puedo contener la carcajada cuando imagino la cara que pondrían al encontrarse sin mí.

—Imagínese V. cuál sería nuestro asombro.... Pero, por más vueltas que le doy, no encuentro la explicación de tan raro capricho.

—Los caprichos (advirtió Inés) no tienen explicación; y, sin embargo, V. podría encontrársela á éste. No hay que admirarse: la cosa es muy natural y muy sencilla. V. se ha hecho íntimo amigo de mi marido; lo visita V. con frecuencia, y hasta parece que participa V. de sus inclinaciones y de sus gustos. Este año ha querido V. acompañarnos en nuestra expedición á Biarritz; es decir, acom-

pañar á mi marido, que ya no sabe vivir sin V. Pues bien: ¿no parecerá inexplicable que un joven como V. se dedique á ser el amigo íntimo y el compañero asiduo de un pobre viejo como mi marido?....

—Señora....

—Déjeme V. acabar. Al salir de Madrid me encontré con una amiga de la infancia, á quien no había visto hace mucho tiempo. Durante el camino hemos renovado nuestra amistad, atando de nuevo los lazos de nuestro cariño. Viene sola, y yo he querido acompañarla. Debíamos separarnos en Zumárraga, y nos apeamos en la estación. Vds. se apearon también, y vinieron á saludarnos, y yo les presenté á mi amiga. La campana anunció que el tren iba á partir; subí á mi departamento reservado, y Vds. se fueron al suyo.—«Espera», le dije á Rosalía en voz baja: y tomando mi *cabás* y mi abrigo, me apeé de nuevo, y cogiendo el brazo de mi amiga, corrimos pegadas á la línea de coches hasta que llegamos á la cola del tren, que á los pocos instantes se puso en movimiento.—«¿Qué has hecho? (me preguntó Rosalía.)—Ya lo ves (le contesté): quedarme aquí contigo.—¡Qué locura! (exclamó.)—Sí (le dije), una locura llena de juicio.» Aquella noche llegamos á este pueblo, y nos instalamos en esta casa. ¿No es muy natural que deje las delicias de Biarritz por venir á hacer compañía á la cariñosa amiga de mi infancia?

—Sin duda, señora; pero sin decir nada.... Eso es lo que yo no comprendo.

—Pues esa era la gracia del caso. ¿Le parece á V. que me he reído poco pensando en el chasco que se han llevado?

—Chasco, no, señora; susto fué lo que sentimos. Al llegar á la estación de San Sebastián, me apresuré á salir del coche para ir á ofrecerle mis respetos; mas con gran sorpresa encontré vacío el departamento en que V. venía. Registré todos los coches del tren; recorrí los alrededores de la estación; visité una por una las habitaciones, y confuso, sin saber qué pensar, busqué á mi compañero de viaje, y le dije: «Inés no parece.—¡Cómo! (exclamó): no es posible». Investigamos de nuevo, hicimos mil preguntas al conductor del tren, al jefe de la estación, al maquinista, á los pasajeros, á todo el mundo, sin obtener respuesta alguna satisfactoria. Pronto corrió la noticia de que una señora se había perdido desde Zumárraga á San Sebastián, y unos decían: «¡Demonio! ¡Aunque fuera un saco de noche!» Otros: «Va á ser preciso facturar á las mujeres para que no se pierdan tan fácilmente». No se ría V., Inés, porque nosotros estábamos aterrados. Á los dos nos ocurrió la misma sospecha, y temimos una horrible desgracia.

—¿Qué desgracia?—preguntó Inés.

—Una, posible al menos: V. iba sola en el coche; pudo quedar la portezuela mal cerrada: suponíamos que habría V. querido asomarse, que se apoyaría sobre el ventanillo, que la puerta se abriría inopinadamente, cayendo V. de cabeza sobre

la vía. Era preciso pensar algo, y pensamos eso.

—¡Qué horror!—exclamó Inés.

—Hablamos con el jefe de la estación, al que le pareció increíble nuestra espantosa sospecha; sin embargo, convino en que era posible, y, á instancias nuestras, puso en movimiento el telégrafo, y no nos movimos de allí hasta que pudimos tranquilizarnos. El tren había seguido su camino, llevándose á Biarritz nuestros equipajes, y resolvimos volver á Zumárraga, como lo hicimos aquella misma madrugada. Allí hemos pasado día y medio haciendo averiguaciones, hasta que el mayoral del coche que las trajo á Vds. nos dió un rayo de luz, que nos ha conducido hasta aquí.

—¿Y le parece á V. (preguntó Inés) digna hazaña sorprender así á una pobre mujer indefensa?

—Se empeñó en ello; decía que era una idea magnífica, y no pude persuadirle.

—Lo creo.... Los viejos suelen ser tan tercos como los niños. ¡Ay! (añadió, lanzando un gran suspiro.) ¡Soy muy desgraciada!

—¡Oh!....—exclamó Jorge, suspirando también.

—No consiento las adulaciones (dijo Inés). Y si en vez de distraerme se pone V. á hacer el duo á mis suspiros, nos van á encontrar aquí á los dos llorando á lágrima viva, y, ¡ya ve V.!, se van á reir de nosotros.

—Para evitar esa contingencia (replicó Jorge algo picado), el mejor medio será persuadirla á V. de que es la mujer más feliz del mundo.

—Muy bien, caballero; la idea es ingeniosa, y ya me tiene V. llena de curiosidad. Veamos, veamos. Sáqueme V. pronto de este error en que vivo: haga V. esa obra de misericordia.

—Me parece, Inés, que convendremos en que ocupa V. en el mundo una posición envidiable.

—Sí, convengo en ello, y reconozco que el venticinco por ciento de las mujeres que me conocen envidian mi suerte; pero, en realidad, ¿es envidiable?

—Sin duda (contestó Jorge). Ha sabido V. conquistar la voluntad de un hombre opulento, esto es, rico, que la rodea de comodidades y de lujo; sobre el que ejerce V. un dominio decisivo. Ciertamente no es joven, ni posee las cualidades atractivas del talento, ni es tampoco de esos caracteres que arrebatan por el ímpetu de arranques generosos; en cambio está V. algo lejos de experimentar los disgustos que siempre ocasionan las infidelidades: no se separa de V. ni un momento, y si su conversación no es amena, preciso será reconocer que es inagotable. Me parece que no hay razón para que se tenga V. por desgraciada.

—No obstante, quiero convencerme por completo. Prosiga V., prosiga.

—Queda poco que añadir; está reducido á pocas palabras: V. ha elegido su suerte. Es natural que consultara V. con su corazón, y en este caso...

—Quedo plenamente convencida (exclamó Inés riéndose á carcajadas). El argumento no tien

vuelta de hoja. ¡Qué obcecación!... ¡Creerme infeliz cuando soy la más dichosa de las mujeres! Es muy insubstancial el corazón humano. Mas, sea como quiera, confieso que no tengo derecho á quejarme. Pude elegir un hombre que hiciera mi dicha, y elegí al que me rodea de comodidades y de lujo. ¿Qué más da?

—¡Ay, Inés!

—¡Hola! ¿Vuelve V. á los suspiros? Si se obstina V. en afligirse, me va V. á poner en el caso de que lo saque del lamentable error en que se encuentra.

—¿Acaso V. conoce la causa de mi desdicha?

—Sin duda: la conozco perfectamente. Las mujeres que nos casamos con hombres viejos, adquirimos al instante la experiencia que dan los años. Sí, señor; sé que está V. furiosamente enamorado. Y sé más: sé que soy yo el objeto de esa pasión furibunda.

—¡Inés!—exclamó Jorge, sin saber qué valor dar á las palabras que acababa de oír.

—Ni más, ni menos (prosiguió ella diciendo). ¡Ya se ve! No soy excesivamente bella, pero soy joven y estoy casada con un viejo, y esto es un encanto poderoso para las almas sensibles. Hablo formalmente. El corazón de la mujer que une su juventud á un marido cargado de años, de arrugas y de impertinencias, no pertenece á nadie, y he ahí por qué todos quieren apropiárselo. Comprendo el tierno interés que debemos inspirar. V. me ama, ¿no es esto?

—Sí (contestó Jorge con voz apagada). Jamás me hubiera atrevido á decirlo; pero V. lo ha dicho.

—Es verdad; yo he provocado esta declaración, porque la veía inevitable. He huido de ella cuanto he podido, y ahora, ya lo ha visto V., he salido á su encuentro bizarramente. Me gustan las situaciones despejadas. Nada más fácil que engañar á ese pobre sexagenario que me ha comprado como una joya y me luce como una alhaja. V. es su amigo, su amigo íntimo, y yo soy su mujer, y podemos tapar sus ojos con una doble venda. Al mundo no será tan fácil engañarlo; pero al mundo no le sorprenden estas cosas; cuando no suceden, las supone. Déjeme V. que concluya: todas las circunstancias nos favorecen. Yo tengo mi excusa en el viejo, y V. no necesita excusarse. Verdaderamente, no será muy noble nuestra conducta, pero el amor nos disculpará á nuestros propios ojos. Mas hay una dificultad insuperable.

—¡Inés! (exclamó el afortunado amante.) Juro á V. que...

—Nada de juramentos (añadió ella interrumpiéndole); no son necesarios. V. me ama, ¿no es esto?

—¡Oh! Sí, con todo mi corazón (dijo Jorge). No puedo, ni quiero, ni debo ya ocultarlo.

—Pues bien, amigo mío: yo aconsejo á V. que abandone discretamente la amistad de mi marido y renuncie á sus pretensiones: no me inspira V. sentimiento ninguno. ¿Qué quiere V.? Su amor me

da risa; me parece soberanamente ridículo, y creo que no debemos volver á hablar de semejante asunto.

Diciendo esto, se puso de pie; y con voz trémula y obscura, gritó desde la puerta:

—¡Rosalía! ¡Rosalía!

—Allá vamos,—contestó el viejo.

Llegó Rosalía, arrastrando al marido de su amiga, y ésta le dijo:

—Esta es la hora que tenemos costumbre de retirarnos: la cena y la cama les esperan á Vds. en la posada. Buenas noches.

Cuando las dos amigas se vieron solas, se miraron, y Rosalía dijo:

—Tienes una lágrima en cada ojo.

Inés contestó:

—Los ojos podrán llorar todo lo que quieran; pero la lengua ha dicho lo que debía decir. ¡Es muy triste mi destino! Engañé al viejo, haciéndole entrever que podría amarle, y acabo de engañar á Jorge, asegurándole que no le amo.

